



Referentes...

El cuerpo del doliente, Egon Schiele

Por Drúa Espinosa

¿Cómo deconstruir el cuerpo del amante? ¿Cómo convertirlo en el cuerpo doliente? Mi espíritu sigue deseoso de lucha, mira hacia arriba, quiere avanzar; pero mi cuerpo decae, decae en el cansancio, en la agonía y la penumbra por los miles de pensamientos que a diario lo azotan y lo tiran contra el suelo. El cuerpo del amante, del que ama, es el cuerpo de la fragilidad humana, es el cuerpo que padece, que soporta, que sostiene el peso de la existencia. A ese cuerpo llegó Egon Schiele para mostrar con sus pliegues el derrotero de expresiones que este ofrece. El pintor austriaco nacido en 1890 desarrolló una increíble fijación por el cuerpo que lo llevó a la exploración de la pureza que genera la fragilidad de una existencia desnuda.

Llevamos ya varios días de lucha incansable en nuestro territorio, en donde miles de cuerpos se han volcado a las calles para hacer frente a la tiranía de un mal gobierno. También, tristemente, los cuerpos comienzan a aparecer putrefactos a las orillas de los ríos; los que aparecen porque muchos se quedan desaparecidos. Esa carne descompuesta nos enfrenta al dolor más insoportable y a la impotencia más remota de sabernos seres finitos totalmente vulnerables por las circunstancias, pero, sobre todo, por nuestros propios discursos. *Madre muerta* (1910), podría ser sin duda la imagen de la realidad que hoy están viviendo las madres de muchos de los jóvenes asesinados por el Estado. Esta obra muestra el rostro desolado de la madre envuelta por una profunda oscuridad que la cubre y con la que logra cubrir el cuerpo de su hijo, queriendo darle toda su vida, aunque esto implicara su propia muerte.

Es ahí en donde se vuelve complejo deconstruir el cuerpo del amante que, al entregarse en amor al otro, termina convirtiéndose en un cuerpo doliente que padece y sufre espiritualmente tanto o más que el sufrimiento físico. Una muestra de ello se percibe en su obra *El abrazo* (1917) donde dos amantes se unen el uno al otro queriendo romper con aquella discontinuidad que habita a cada ser. Allí, cada amante quiere aplacar el dolor del otro cuerpo, sin embargo, no es un privilegio que se le haya dado al ser humano; y así ese abrazo se desfigura en la impotencia de la propia incapacidad para salvar al otro.

¿Qué queda entonces? La deconstrucción. No obstante, deconstruir una corporalidad que se ama se vuelve en algo casi imposible ¿Cómo una madre va

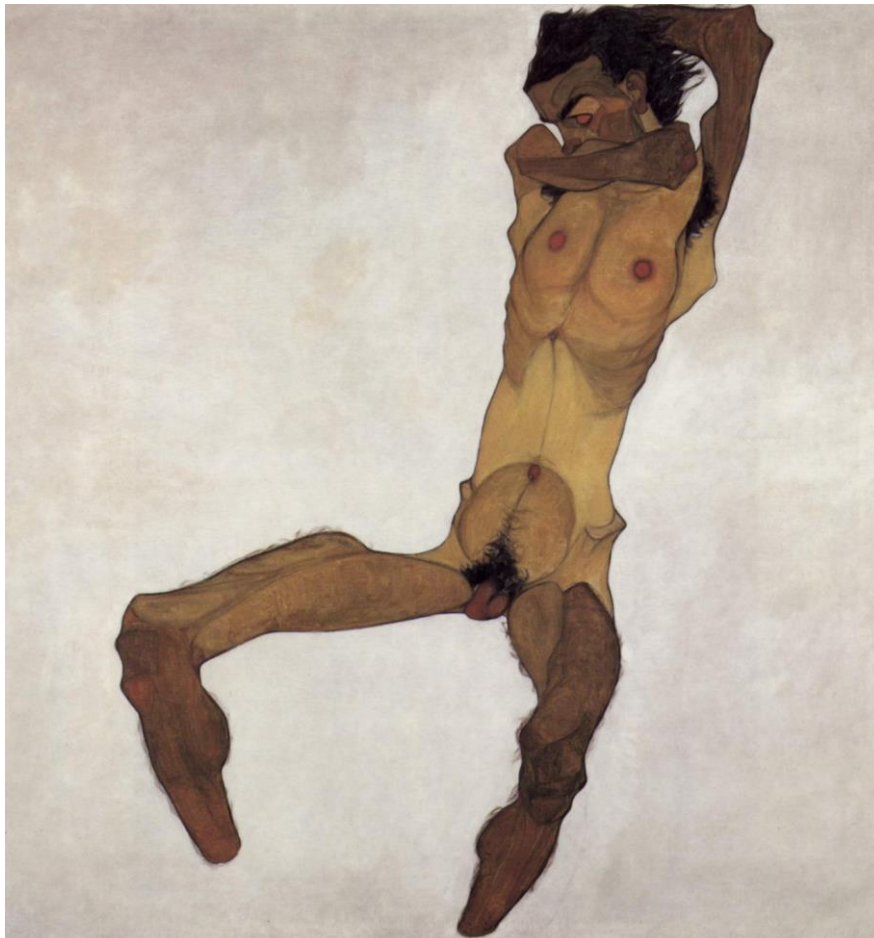
deconstruir el cuerpo de su hijo amado? ¿Cómo una esposa recrea nuevos discursos con los cuales llenar el vacío de su esposo ya muerto? Una posible respuesta la encontramos en la obra de este expresionista, quien a través de sus múltiples autorretratos pudo reconocer y desconocerse a sí mismo, creando una y otra vez una imagen diferente de su propio rostro (como se aprecia en *Desnudo masculino sentado* de 1910). Pero muchas veces es más fácil encontrar otras formas de ser para uno mismo que la deconstrucción del cuerpo que se ama, pues el discurso y el deseo ya han hecho de ese otro una imagen provocadora que difícilmente nos atrevemos a cambiar. Es en este sentido que se preferimos ser ese cuerpo doliente, ese cuerpo que carga con el dolor que produce la presencia o ausencia de ese otro que se ama. El cuerpo del amante termina siendo a su vez el cuerpo del doliente.



Madre muerta. 1910. Óleo sobre lienzo. 32 x 25,7 cm. Museo Leopoldo, Viena, Austria



El abrazo. 1917. Óleo sobre lienzo. 100 x 170 cm. Galería Österreichische Belvedere. Viena, Austria.



Desnudo masculino sentado. 1910. Óleo sobre lienzo. 152,5 x 150 cm. Museo Leopoldo, Viena, Austria